

MIGUEL GONZÁLEZ GERTH

GIOVINEZZA

Me pregunto si tú misma estás consciente
de una llama profunda y escondida.
¿Dónde?
¿Dónde hallar el natural imán
que atrae las almas afortunadas
o el esmeril que afila el acero
de las miradas inevitables?
¿Cómo responderías
al roce de una pluma que fuera mi suspiro
en una habitación apenumbada
por las cortinas que resguardan
el balcón abierto,
en una finca olvidada por el tiempo,
si en un crepúsculo violado yo violara
el pacto de tu consentimiento?
¿Me quemarías
o sería igual que tu vaivén
ante el vuelo de mi pensamiento?
Hoy todavía responderás como antes
a las caricias minuciosas de tu amante,
actos que me están vedados
como a la luna el mediodía.
Dices amor con la sinceridad y la confianza
de una criatura bella,
que conoce apenas la orilla del misterio,
del agudo escalofrío que no revela la experiencia
sino la fantasía.
Como ánade que nada
sobre la superficie cristalina de la casi nada
que es la realidad diaria y ceñida,
te vas y vuelves puntualmente.
Llegas a esa orilla y la rehuyes,
a ese límite
que es la vejez que en mí te aguarda
cargada de ilusiones desleídas
y que, cuando yo ya no esté
en un crepúsculo violado
y demasiado tarde, conocerás un día. ■